

COLOMBIA SE ESTÁ CANSANDO DE LA GUERRA
Esa es mi esperanza: Gardeazábal

La última rebeldía de Gardeazábal:
Que lo entierren de pie en el mausoleo que mandó a construir.



A sus 81 años, Gustavo Álvarez Gardeazábal conserva intacta la capacidad de incomodar, provocar y sorprender. En esta conversación habla de la literatura que lo convirtió en referente nacional, de ***Cóndores no entierran todos los días***, de la cárcel, de la política, de sus gansos y de un país que, según advierte, ha reducido las ideas a frases, imágenes y golpes de efecto.

También entra de frente en la actualidad política. Compara al presidente Abelardo de la Espriella con Donald Trump, sostiene que el nuevo Gobierno está abriendo demasiados “fogones” simultáneamente y describe al mandatario como un hombre “antojado” que apenas comienza a conocer las exigencias de la administración pública.

La conversación ocurre en Riofrío, Valle del Cauca, después de que el terremoto obligara a Gardeazábal a no recibir visitas temporalmente El Porce, su casa, refugio intelectual y escenario de

buena parte de su vida cotidiana. Desde el parque explica también su desconfianza histórica hacia Bogotá y reivindica, una vez más, su condición de escritor de provincia.

Hay un momento que resume buena parte de su carácter. Gardeazábal revela que ya tiene preparado su mausoleo en el Cementerio Museo San Pedro, en Medellín, y que ha pedido ser enterrado de pie. La razón la expresa sin rodeos: quiere dejar como símbolo final que nunca hizo genuflexión ni dobló la cerviz.

Y cuando la conversación llega a Colombia, después de tantas décadas escribiendo sobre violencia, poder y conflicto, deja una frase que funciona como esperanza y advertencia: “Colombia se está cansando de la guerra”.

Esta entrevista recorre la vida y el pensamiento de un escritor que sigue leyendo, escribiendo y polemizando desde la provincia, con la misma irreverencia con la que comenzó hace más de seis décadas.



Alfonso Luna Geller: Nos encontramos en el parque de Riofrío, municipio del Valle del Cauca, con Gustavo Álvarez Gardeazábal, escritor reconocido nacional e internacionalmente, autor de novelas, cuentos, ensayos y de una producción permanente de crónicas.

Gustavo, usted publica cada semana “Lo que está leyendo Gardeazábal”. ¿Lee un libro semanal para escogerlo?

Gustavo Álvarez Gardeazábal: A veces tres, para poder escoger uno. Toda la vida he leído mucho.

Desde muy niño aprendí a leer. En aquella época no había esos métodos prenatales ni todas esas cosas que existen ahora. Mi madre me enseñó a leer y a escribir sobre la tabla de una cama, con carbón vegetal, porque yo veía a los adultos leyendo periódicos y simulaba que también leía. Estoy hablando de un niño de tres años. Tuve esa precocidad con la lectura y no he parado.

Sigo leyendo todos los días. Tengo varios horarios para que el tiempo me alcance y para acompañar estas pestes y dietas que tengo, de manera que me sirvan también de apoyo o descanso.

Leo y escribo. Hoy publiqué la crónica 1421, además de todo lo que me corresponde escribir para otros medios en los que también colaboro.

ALG.: Con 17 novelas, numerosos libros de cuentos, ensayos y una cantidad enorme de crónicas, ¿todavía tiene proyectos literarios a sus 81 años?

G.A.G.: Ya me dediqué a otra cosa. Cuando culminó el proceso de publicación de la colección Biblioteca Gardeazábal, que sacaron El Tiempo y El Éxito, dije: hasta aquí llegué.

*Saqué mi último libro, **El prisionero de la esperanza**, y asumí un oficio que me recomendó Juan Rulfo cuando lo traje a Colombia y recorrí con él algunas ciudades. Yo le preguntaba por qué no había vuelto a escribir. Me respondió que se había dedicado a echarle incienso a Pedro Páramo. “Yo voy a pasar a la historia con Pedro Páramo”, me dijo.*

Voy a pasar a la historia con Cóndores no entierran todos los días. Yo, que no le había echado incienso a mi propio libro, dejé que se lo echaran todos. Ya sé que quedo con esa novela para siempre: Cóndores no entierran todos los días es el epitafio de mi tumba, del mausoleo que tengo en el cementerio museo de San Pedro, en Medellín. Cóndores es ya un mito, y yo me encargo de alimentarlo, de hablar de él y de responder por él. Hace poco pacté con la Universidad de los Andes hacer, el 8 de octubre, un coloquio con un grupo escogido de estudiantes de posgrado sobre esa novela. La escribí en 1972: cincuenta y cuatro años después, sigue vigente. Más vigente todavía.



ALG.: ¿Qué ha pasado con los lectores?

G.A.G.: *El país dejó de leer. Cuando publiqué **El Divino**, que tuvo además una enorme repercusión en televisión, se vendieron cerca de 180.000 ejemplares. Ahora, con **El papagayo que tocaba violín**, que ha sido un gran éxito editorial —no sé si literario, pero editorial sí—, llegar a diez mil ejemplares resultó asombroso, porque normalmente los libros no pasan de tres mil.*

La gente dejó de leer, y la camarita se encargó de resumir la lectura y de resumir la mirada. Yo mismo, que saco todos los días una crónica escrita y en audio, tengo cifras que me indican cuánto me oyeron. Hay un porcentaje de más del sesenta por ciento que no pasa del segundo veinte. Tengo, en cambio, un nivel muy alto, porque más del diecisiete por ciento la ve completa, lo cual ya es un éxito. Estamos reduciendo todo el espacio de la idea y de la discusión para vender títulos, frases y latigazos. Por eso tenemos gobiernos estruendosos, como el de Trump o como el que tenemos ahora aquí en Colombia, con Abelardo de la Espriella: a punta de showmen que saben resumir el mensaje o asustar con lo que proponen.



ALG.: Usted me ha recordado una frase suya: que además de escritor provinciano, se identifica como el anarquista de derecha. Sin embargo, uno lo analiza y no resulta de derecha. Usted ha sido, entre comillas, enemigo del imperio norteamericano.

G.A.G.: *No se necesita ser de izquierda para fastidiarse con el imperio americano, y mucho menos con alguien tan atronador como el señor Trump. Como escribí en una crónica, Trump es experto en abrir varios fogones al mismo tiempo. A uno en el campo le enseñan que no debe prender demasiados porque alguno se apaga. Él prende cinco o seis simultáneamente y produce un gran enredo.*

Eso mismo veo como un peligro en el presidente Abelardo. Está imitando a Trump y abriendo varios fogones a la vez sin tener su habilidad, porque no conoce de política, apenas la está conociendo, no conoce de administración y da la sensación de ser un antojado. Llegó con el antojo de no gobernar desde la Casa de Nariño, y yo dije: perfecto, esa casa necesita que le hagan todos los lavados de espíritus, de magos, de gitanos, para sacarle lo que haya dejado metido Petro allí. Después se convenció de dejar el Palacio de San Carlos, porque entendió que lo habían dejado de lado por anticuado: allí lo máximo que ocurrió fue presenciar los amores de Manuelita Sáenz con Bolívar, el intento de matarlo y el salto de Bolívar por el balconcito que todavía conserva la placa. El resto se volvió inhábil para la modernidad; esa la tiene el otro palacio. Pero los antojos de adolescente son también los antojos de quien recién estrena cargo.

ALG.: Su carrera comenzó hacia 1970, cuando salió de la Universidad del Valle. Yo estudiaba allí cuando usted se graduaba.

G.A.G.: *Arranqué antes. Estudié ingeniería química en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, porque mi padre, que nos educó cultivando la tierra, siempre nos dijo que quien sigue cultivando la tierra se empobrece. Si algo empobrece a lo largo de la historia es cultivar la tierra, y tenía toda la razón. Aun así, nos dejó la mejor herencia posible: nos dijo que nadie se iba a quedar con la finca, que había que escoger carreras de progreso. A mí me tocó Ingeniería Química, y como hijo obediente, empecé. Al tercer año encontré la forma de cortar ese camino: escribí un texto que yo llamaba novela y que en realidad era un panfleto, un panfleto que mostraba que quien lo escribía tenía futuro, pero nada más. Se llamó **Piedra pintada**, 1965. Puede imaginarse los sesenta y un años que llevo en esta brega. Mi padre, además, me lo financió, y yo lo repartí en la puerta de la universidad. Al otro día me llegó la respuesta: muchas gracias, muy amable, está usted expulsado de la universidad. Con todo derecho, porque fue una bellaquería de mi parte: el personaje central era el Cacique Bandarroja, y resulta que el rector de la Universidad Pontificia Bolivariana era monseñor Félix Henao Botero, que usaba sotana negra con una banda roja. Yo lo bauticé el Cacique Bandarroja. Antes de eso ya me habían pasado otras cosas, por eso me ha pasado tanto de lo que me ha pasado, y por eso puedo llegar hoy a este parque de Riofrío, frente a la Fiscalía, donde me cogieron preso porque necesitaban atajarme para que no siguiera subiendo como gobernador. Fue aquí donde me entregué.*

ALG.: Hablar con usted plantea una dificultad: uno no sabe si está conversando con el escritor, con el político o con el periodista.

G.A.G.: *Por eso no seguí siendo profesor universitario. Los esquemas me aturden y me rebelo contra ellos.*



ALG.: Usted tuvo una formación notable. En la Universidad del Valle se licenció en Letras, y años después la misma universidad le otorgó el Honoris Causa en Literatura. Luego la UCEVA, la Universidad Central del Valle, lo graduó como abogado, y la Universidad Simón Bolívar, en Ciencias Sociales y Humanas. Ese universo de conocimiento que usted maneja resulta considerable.

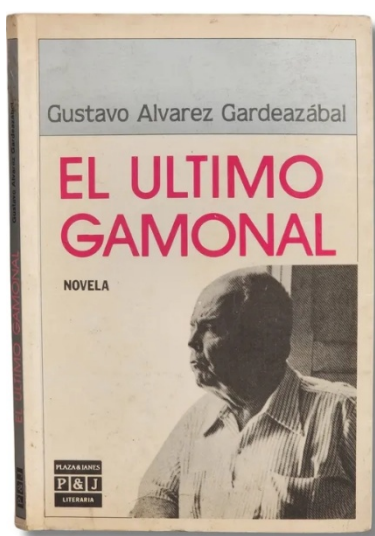
G.A.G.: *Con el terremoto, los diplomas de esos dos doctorados se quebraron. Por fortuna no se dañaron del todo; ya están en reparación y espero que me los entreguen la semana entrante. Todo, en este momento, está en interinidad: ese es exactamente mi estado, y por eso estoy aquí, en el parque de Riofrío, y no en El Porce, como usted soñaba visitar.*

ALG.: Quienes hemos visto los programas de Telepacífico que exaltan su obra conocemos algo de El Porce: la entrada, los animales, los gansos, los perros, las obras de arte, las antigüedades. Usted vive en un paraíso. ¿Quién le hace el mantenimiento? Es una propiedad grande.

G.A.G.: *Tengo varios empleados y he tenido con qué pagarlos. Si me dedico a limpiar una porcelana, dejo de leer y escribir. Las diligencias, los bancos y muchas otras cosas las hace Alfredo, mi marido. Llevamos más de treinta años juntos y él me lleva buena parte de esa carga.*

Afortunadamente, con el terremoto no se me murió un gato, un perro ni un ganso. Tengo quizá uno o dos centenares de gansos. Les doy comida diariamente. Entre ellos y los patos consumen unas cinco toneladas de maíz al mes.

ALG.: Cuénteme entonces la historia de Konrad Lorenz, premio Nobel de Medicina de 1973, y su relación con los gansos.



G.A.G.: *Alemania me acogió desde Cóndores y desde algunos cuentos míos publicados por la revista Mundo Nuevo, de París, cuando yo ni siquiera había salido del Valle del Cauca. Mundo Nuevo era una revista vinculada al reconocimiento del boom latinoamericano y yo nunca pertenecí al boom porque no era marxista ni estaba en esos círculos.*

*Un profesor alemán, Günter Lorenz, que vivía en la Selva Negra, estudió mi obra, tradujo algunos cuentos y me visitó varias veces. Aquí mismo, en este parque de Riofrío, estuvimos juntos. También subimos a Trujillo porque quería conocer el espacio de **El último gamonal**.*

Günter era hermano de Konrad Lorenz, premio Nobel y estudioso del comportamiento de los gansos. Por intermedio suyo me relacioné con Konrad Lorenz y tuve el placer de cartearme con él. En aquella época no había traductores automáticos. Yo buscaba quién me tradujera el idioma en que él escribiera. Uno aprende de los sabios y también de la experiencia.

La vida de los gansos es muy particular. Tienen comportamientos que otros animales no presentan. La gente los recuerda desde los gansos del Capitolio romano. Para muchos son animales de guardia, pero son mejores guardianas las gallinetas de Guinea: son mucho más sensibles que los gansos, aunque más escasas. Hace poco vi unos videos de las granjas de gallinetas de Guinea en Nigeria: allá son gigantes, las nuestras parecen enanas junto a esas. No se ha renovado la raza aquí con la variedad africana, y tampoco se comen porque su carne es morada, y esos preceptos eclesiásticos y culturales nos marcaron y nos impidieron hacer muchas cosas. No comer carne de gallineta porque es morada, pero también nos imponían abstinencia los viernes de cuaresma. Todo ese cúmulo de estorbos mentales y sexuales que nos inculcaron, y aun así seguimos vivos, y lo hemos gozado.

ALG.: Quiero entrar en tres asuntos: **El titiritero**, su familia y su trayectoria política. Comencemos por la política. Usted fue concejal de Cali, diputado, dos veces alcalde de Tuluá y gobernador del Valle. ¿Cómo recuerda hoy esa trayectoria?

G.A.G.: Empecemos por ahí, porque es la parte política a la que siempre harán referencia cuando hablen de mí en el futuro, aunque cada vez la disminuirán más. Quienes me vieron actuando como alcalde de Tuluá en 1988, el primero elegido por voto popular, tienen un recuerdo gratisimo, pero son personas que hoy pasan de los cincuenta años. La gente joven no tiene idea de las locuras y del impulso que le di a Tuluá, tan radical que la ciudad creció en los años siguientes de manera descomunal. El solo hecho de construir el alcantarillado de la transversal doce habilitó un área urbanizable que nadie imaginó, y con unos urbanistas de Armenia y Pereira, entre ellos el hermano de César Gaviria, que luego fue secuestrado, levanté un barrio gigantesco que en Tuluá se llama Bosque de Maracaibo. Hice otras urbanizaciones y cambié la ciudad, pero de eso ya no se acordará nadie que tenga menos de cincuenta años.

Ese recuerdo político se va apagando, porque lo que queda en primer plano es que terminé siendo gobernador del Valle, derrotando a Carlos Holguín Sardi, que era candidato presidencial, por tres a uno, sin ningún aparataje detrás. Por eso, cuando advertí que Abelardito estaba en plan de tsunami, dije que se iba a volver un tsunami: esas cosas se alborotan y se aceleran, y él tiene esa capacidad. Y en efecto lo consiguió. Ese recuerdo político estará marcado porque tal vez fui el primer alcalde electo de Tuluá, y porque fui un gobernador al que le echaron mano y metieron a la cárcel por el inmarcesible delito de haber vendido, por interpuesta persona, a través de un marchante de arte, a la amante de uno de los capos de Cali, una escultura que me había regalado un galerista de Barranquilla, ya fallecido, que se había enamorado de mí. Yo no le paré bolas, y por eso me regaló esa escultura. Esa es toda la historia.

A.L.G.: ¿Seis años?

G.A.G.: Sí, claro. Pero los pagué. Los pagué, y por eso pienso y actúo en favor de quienes están presos en un país donde se clasifica a la gente por el desprecio, no por la altura.

ALG.: Hablemos de *El titiritero*. Usted no vivió directamente el movimiento estudiantil de 1971 en la Universidad del Valle.

G.A.G.: Me había graduado en 1970 y era profesor de la Universidad de Nariño. Viví la revolución estudiantil de 1971 a distancia. Eso me permitió tomar distancia novelística frente a lo que narraba. Ahora apareció una nueva edición, tuvo éxito y reapareció desde París Vicky "La Vietnamita". Han pasado 55 años y los odios todavía permanecen. No fueron capaces de hacer autocritica de los errores que cometieron. Pero logré, a través de esa novela, mitificar el proceso estudiantil de 1971, aunque los marxistas no lo aceptaron, y la derecha mucho menos, porque la novela desnuda a los dos polos que causaron la tragedia.

Gira en torno a un personaje tuluëño, Edgar Mejía Vargas, conocido como "Jalisco" porque nunca perdía. Decía que estudiaba ingeniería, pero se pasaba el día jugando voleibol: era un deportista.



La novela mitifica al muerto, mitifica a Vicky La Vietnamita, mitifica ese movimiento estudiantil y el atropello del que fueron víctimas, además de los esfuerzos de la mano negra que existía en la Universidad del Valle y que se regaba desde el hospital departamental.

Es una novela histórica que las generaciones futuras seguirán repasando, si siguen investigando qué pasó aquí, y buscan esas cosas que hoy llamamos libros, y que quién sabe cómo llamarán ellos dentro de unos años, porque ya todo está digitalizado.

ALG.: Ahora que habla de la novela histórica: a mí siempre me ha llamado la atención que casi toda su obra parte de hechos reales. Hay muy poca ficción pura, desde Cóndores hasta lo último.

G.A.G.: *Puede estar usted acertado y puede estar profundamente equivocado. Trabajo dentro de un marco histórico, pero convierto la ficción en algo creíble, hasta incorporarla a esa historia. Después resulta difícil establecer qué fue verdadero y qué inventé.*

Ahí está buena parte del éxito de mi novela.

Cuando necesito investigar, investigo. Cuando debo revisar archivos, lo hago. Cuando necesito entrevistar testigos, los entrevisto. Me nutro de las fuentes de la historia, aunque no trabajo con la rigidez académica del historiador.

*Por eso, cuando en Colombia se estudia la violencia, **Cóndores no entierran todos los días** suele aparecer como un elemento fundamental. Más de cincuenta años después sigue leyéndose y estudiándose. Se convirtió en historia porque aquello que cuento ocurrió en muchos pueblos colombianos sometidos a la violencia política.*

ALG.: Usted decidió permanecer como escritor de provincia y nunca entró plenamente en la maquinaria del boom.

G.A.G.: *Nunca tuve agente literario, que era fundamental para ese fenómeno. El boom fue construido en buena medida por Carmen Balcells, agente de García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes y muchos otros. Aquello también era un negocio.*

Yo hice mi camino solo, independiente, con la ayuda ocasional de amigos y amigas. Me estudiaron en universidades de Estados Unidos. Dicté cursos de verano y conferencias. También me estudiaron en España, Alemania e Italia. Nunca tejí ese crochet.

Y el reconocimiento que tengo a esta edad quizá sea igual, o incluso mejor, que el de muchos a quienes les hicieron pedestal.

ALG.: Volvamos a El Porce y a sus raíces familiares.

G.A.G.: *Desciendo de la mezcla de dos culturas que no tenían novela; por eso **El papagayo tocaba violín** será, con el tiempo, reconocida como tal cuando la vuelvan a leer. Los antioqueños construyeron una civilización y la regaron, dentro de ciertos límites, por buena parte del país, o al menos por la región que va del río Magdalena hacia el occidente.*

Si se compara el mapa de la civilización antioqueña con el mapa de la violencia en Colombia, en buena parte coinciden. Si a ese mapa se le agrega el de los paramilitares y el narcotráfico, la coincidencia es casi total. Eso es fruto de la civilización antioqueña, y a mí me educaron en ella; por



eso he podido entender ese fenómeno, y por eso no me ha dado miedo defender lo que pienso. Por eso he podido entender a esos personajes que se han exagerado desde afuera, pero que la Antioquia aristócrata y avara no ha querido examinar a fondo, porque le da vergüenza, o porque teme perder algún dinero por hacerlo. Yo soy fruto de ese cruce.

Por el lado Gardeazábal, mi abuelo descendía de un señor de apellido Cruz, que estaba en Tuluá hacia 1700 y que tuvo una sola hija reconocida, doña Romelia Cruz, de acuerdo con las normas y leyes católicas de entonces, además de un reguero de hijas no reconocidas. Esa línea se mezcla luego con un ingeniero que llegó con Cisneros a montar el ferrocarril, y con un vasco que llegó en algún momento revolucionario a acompañar a José Hilario López en las sociedades democráticas, según encontré en textos de 1850. Ese vasco llega a Tuluá, y de esa mezcla vengo yo. Mi abuelo se casó con una hermana del padre Rodríguez, descendiente de una señora adinerada, viuda rica, que había trabajado toda la vida en la panadería y la repostería, dueña y heredera del Hotel Tuluá.

Dentro de ese mismo linaje se casa don Marcial Gardeazábal, el único de la familia con ojos negros, porque los demás los tenían pardos, azules o verdosos. Era un humanista, y en 1910 montó una librería en Tuluá. De ahí viene mi rareza: tanto las ventajas humanísticas como la ocurrencia de montar una librería en un pueblo de diez mil habitantes donde apenas mil sabían leer.

Desciendo de ese entronque; por eso tengo rasgos de la cultura antioqueña y rasgos de la cultura vallecaucana, y también una antipatía sembrada desde antes de nacer contra el mundo bogotano, que siempre nos ha tratado como provincianos.

ALG.: ¿Por qué quiere que lo entierren de pie en el Cementerio Museo San Pedro?

G.A.G.: *He pedido que cuando me entierren, me entierren de pie. Tengo el mausoleo hecho para que me sepulsen en posición vertical, con un ataúd amarrado, porque quiero simbolizar que nunca hice genuflexión, que no doblé la cerviz en ningún momento. Defendí muchas posiciones, aun en solitario; por eso no hice parte de ninguna secta ni de ninguna organización, y preferí vivir tranquilo y feliz, y poder echar el cuento en un parque, ya que no me queda casa por cuenta de un terremoto.*

ALG.: *Hace años quería conversar con usted. Lo veía lejano. Hace unas semanas me atreví a escribirle y encontrarlo hoy aquí es para mí un honor. ¿Qué quisiera decirles a quienes nos siguen desde Santander de Quilichao, el norte del Cauca y otras regiones?*

G.A.G.: *Ustedes tienen un público que hace rato desbordó el Cauca; las redes lo llevaron a muchos rincones de este país, porque ustedes republican mi nota diaria, y no se imagina la cantidad de gente que me escribe mencionando que me leyó en **Proclama del Pacífico**.*

Tengo vínculos afectivos con Popayán y con el Cauca, porque mi padre nos llevaba, en todas las vacaciones escolares, que en aquella época iban del 20 de julio al 12 de octubre, a alquilar una casa en Bogotá, o en Medellín, o en Popayán, para que botáramos el capote y aprendiéramos algo de civilización.

Así se generó mi afecto por Popayán, y allí me enamoré por primera vez con fuerza, tanto que lo recuerdo: me enamoré de un payanés, del que nunca más volví a saber.

ALG.: ¿Cómo se llamaba?

G.A.G.: *Con apellidos nobles, como dirían ustedes.*

ALG.: Usted ha escrito durante décadas sobre violencia. ¿Colombia algún día encontrará la paz?

G.A.G.: *Se está cansando de la guerra. Esa es mi esperanza.*